

Mitología griega y condición humana

1. Hombres y dioses. La distinción original

Los griegos creían que la separación entre hombres y dioses no existía desde los Orígenes, sino que se produjo a consecuencia de un incidente mítico. Una vez, en Mecone, cuando mortales e inmortales se disponían a partir un buey para comérselo, el titán Prometeo favoreció a los hombres en la partición de la res, con la siguiente estratagema:

Era la época en que se ventilaba una querrela entre los dioses y los hombres en Mecone. Prometeo, queriendo engañar a Zeus, les presentó a todos con astuta idea un enorme buey dividido en dos partes: en una de ellas había colocado, dentro de la piel, la carne y los intestinos con la lustrosa manteca, cubierto todo por el vientre del propio animal; y en la otra parte estaban, dispuestos hábilmente y con dolosa arte, los blancos huesos ocultos por una porción de luciente grasa. Ante lo cual, el padre de los hombres y de los dioses dijo:

«¡Oh hijo de Jápeto, el más ilustre de todos! ¡Con qué desigualdad has hecho, amigo, las partes!»

Así, irónico, habló Zeus, el conocedor de los eternos decretos. Y el taimado Prometeo le respondió con dulce sonrisa, sin olvidar la treta ideada:

«¡Zeus gloriosísimo, el más poderoso de los sempiternos dioses! Escoge, pues, de esas dos partes la que te aconseja el corazón que tienes en el pecho!»

Así dijo, con la más perversa intención. Zeus, el conocedor de los eternos decretos, advirtió y no dejó de adivinar el engaño, y en su interior maquinaba funestos designios contra los mortales hombres, designios que luego habían de convertirse en realidad. Entonces quitó con ambas manos la blanca grasa, y su corazón se irritó y la cólera le llegó al alma, al descubrir los albos huesos del buey colocados con arte engañador. Por eso en la Tierra y desde entonces los hijos de los hombres queman los huesos mondos de las víctimas sobre altares perfumados.

Hesíodo, *Teogonía* 535-556, trad. Aurelio Pérez Jiménez.

De aquí derivaría, en primer lugar, la forma habitual de sacrificio en la Grecia antigua: *desde entonces* (carácter etiológico de los mitos) los hombres ofrecieron a

los dioses los huesos y la grasa de las víctimas, reservando para el consumo propio la parte comestible de los animales sacrificados.

De este episodio derivarían también otras consecuencias, sancionadoras todas ellas de la condición humana. Como castigo por tal engaño, en efecto, los dioses ocultaron a los hombres los medios de subsistencia; Zeus, además, les privó del fuego, sin duda el instrumento imprescindible en el desarrollo de una vida civilizada. Una vez más, sin embargo, Prometeo logró engañar al soberano de los dioses, robándole una centella de fuego y dándosela a sus protegidos. Entonces Zeus, para que los mortales pagasen también por este nuevo engaño del Titán, les mandó otra desgracia. A tal fin, ordenó a Hefesto, el artesano ideal del panteón griego, que modelase con arcilla a la primera mujer, Pandora, infundiéndole a la vez una fascinante belleza, un carácter falaz y embustero y una gran astucia. Ya entre los hombres, se concedió a Pandora como esposa a Epimeteo, el hermano tonto de Prometeo (incluso la etimología de su nombre muestra su estupidez). Pandora, entonces, levantó la tapa de un vaso en el cual —según un motivo mítico del que tan sólo nos han llegado vagos jirones— estarían alojados todos los males y desgracias de la humanidad. De ese modo las enfermedades, la vejez, el dolor y la muerte —adversidades hasta entonces desconocidas— se habrían difundido por el mundo.

De acuerdo con este relato, la condición humana aparece como el resultado de la cadena de acontecimientos míticos que se iniciaron con el engaño de Prometeo en la partición del buey en Mecone. Se comprende así cómo el sacrificio —llevado a cabo siempre a partir de entonces conforme a las reglas establecidas por el Titán— fuese concebido en la cultura griega como el reconocimiento, por parte del hombre, de la diferencia entre el plano existencial que le es propio y el de la divinidad, dado que semejante *distinción* (de acuerdo con la cual el hombre estaba destinado, al contrario que los dioses y de manera inexorable, a padecer enfermedades, dolores, vejez y muerte) se formalizó a consecuencia de aquel primer acto sacrificial.

Lo hasta aquí expuesto está igualmente presente en temas míticos bastante difundidos en diversas civilizaciones, sobre todo el mitema según el cual hay que situar, en el origen de la condición humana, un comportamiento falaz inicial por parte de los hombres. De ese modo se explican, junto a los elementos positivos de la existencia, los negativos y dolorosos: estos últimos asumen, en efecto, significado y valor partiendo de un error humano originario (el pecado original de la *Biblia*), error imprescindible para instaurar la realidad, *nuestra* realidad, en su grandeza y en su pequeñez. En el caso que estamos viendo, el engaño de Prometeo está en la base, entre otras cosas, de la necesidad del trabajo (el «ganarás el pan con el sudor de tu frente» bíblico), pues *desde entonces* los dioses ocultaron a los hombres los medios de subsistencia, haciendo necesaria la fatigosa tarea del agricultor.

Análogamente, el hurto del fuego, llevado a cabo por un personaje sobrehumano en beneficio de la humanidad primigenia, representa un motivo mítico rastreable en muchas áreas culturales. En numerosos relatos sagrados (=mitos) el fuego desarrolla

siempre la función de connotar la condición humana en contraste con la condición animal, apareciendo como instrumento necesario para el surgir de la civilización, tanto en lo que tiene ésta de positivo como en lo que tiene de negativo (cfr. los *Mitos sobre el origen del fuego* de J. G. Frazer). En el mito de Prometeo, el hurto del fuego está indirectamente en el origen de la primera mujer y, por lo tanto, en el origen del acoplamiento entre individuos de distinto sexo y de la capacidad de procrear, puesto que antes la humanidad se componía tan sólo de seres humanos de sexo masculino. Del lado malo, Pandora fue también la causa de la difusión por el mundo de todos los elementos desagradables de la existencia, implicándose así de forma inseparable procreación y muerte a partir de entonces.

El hecho de imputar a la mujer prototípica esa especie de «pecado original» servía para fundamentar el abanico de características que la cultura helénica *quiso* considerar como prerrogativas femeninas: la vanidad, la perfidia o la irreflexión. Semejante concepción era el reflejo de la organización social de la antigua Grecia, análoga, por lo demás, a una gran parte de las sociedades arcaicas, en las que se margina a la mujer y se distingue de manera muy rígida entre labores masculinas y femeninas. El hombre griego acaparaba la actividad bélica y, por supuesto, la política; la vida de la mujer griega transcurría —excepto en Esparta— entre las paredes del hogar, y el hecho de haber sido relegada al espacio de la casa encuentra su fundamentación mítica precisamente en el error de la primera mujer, Pandora, la cual, a causa de su necedad, trajo a los hombres los sufrimientos y la muerte. Así se explicaban en la antigua Grecia las limitaciones femeninas.

Según este mito, por otra parte, la aparición de la mujer constituyó el primer e imprescindible peldaño hacia la adquisición de los rasgos característicos de la condición humana: sólo *después* de este suceso la vida de los hombres comenzaría a ser regida por el nacimiento, la vejez y la muerte. Desde este punto de vista, el mito de Pandora, aún presentando a la mujer desde una óptica totalmente negativa, reconoce al mismo tiempo la *necesidad* de su existencia para el actual orden del mundo.

Y es que oculto tienen los dioses el sustento a los hombres; pues de otro modo fácilmente trabajarías un solo día y tendrías para un año sin ocuparte en nada. Al punto podrías colocar el timón sobre el humo del hogar y cesarían las faenas de los bueyes y de los sufridos mulos.

Pero Zeus lo escondió irritado en su corazón por las burlas de que le hizo objeto el astuto Prometeo; por ello entonces urdió lamentables inquietudes para los hombres y ocultó el fuego. Mas he aquí que el buen hijo de Jápeto lo robó al providente Zeus para bien de los hombres en el hueco de una cañaheja a escondidas de Zeus que se goza con el rayo. Y lleno de cólera díjole Zeus amontonador de nubes:

«¡Hijo de Jápeto conocedor de los designios sobre todas las cosas! Te alegras de que me has robado el fuego y has conseguido engañar mi inteligencia, enorme desgracia para ti en particular y para los hombres futuros. Yo a cambio del fuego les daré un mal con el que todos se alegren de corazón acariciando con cariño su propia desgracia.»

Así dijo y rompió en carcajadas el padre de hombres y dioses; ordenó al muy ilustre Hefesto mezclar cuanto antes tierra con agua, infundirle voz y vida humana y hacer una linda y encantadora figura de doncella semejante en el rostro a las diosas inmor-

tales. Luego encargó a Atenea que le enseñara sus labores, a tejer la tela de finos encajes. A la dorada Afrodita le mandó rodear su cabeza de gracia, irresistible sensualidad y halagos cautivadores; y a Hermes, el mensajero Argifontes, le encargó dotarla de una mente cínica y un carácter voluble.

Dio estas órdenes y aquéllos obedecieron al soberano Zeus, hijo de Crono. Inmediatamente modeló de tierra el ilustre Cojo una imagen con apariencia de casta doncella por voluntad del Crónida. La diosa Atenea de ojos glaucos le dio ceñidor y le engalanó. Las divinas Gracias y la augusta Persuasión colocaron en su cuello dorados collares y las Horas de hermosos cabellos la coronaron con flores de primavera. Palas Atenea ajustó a su cuerpo todo tipo de aderezos; y el mensajero Argifontes configuró en su pecho mentiras, palabras seductoras y un carácter voluble por voluntad de Zeus gravisonante. Le infundió habla el heraldo de los dioses y puso a esta mujer el nombre de Pandora, porque todos los que poseen las mansiones olímpicas le concedieron un regalo, perdición para los hombres que se alimentan de pan.

Luego que remató su espinoso e irresistible engaño, el Padre despachó hacia Epimeteo al ilustre Argifontes con el regalo de los dioses. Y no se cuidó Epimeteo de que le había advertido Prometeo no aceptar jamás un regalo de manos de Zeus Olímpico, sino devolverlo acto seguido para que nunca sobreviniera una desgracia a los mortales. Luego cayó en la cuenta el que lo aceptó, cuando ya era desgraciado.

En efecto, antes vivían sobre la tierra las tribus de los hombres libres de males y exentas de la dura fatiga y las enfermedades que acarrearán la muerte a los humanos. Pero aquella mujer, al quitar con sus manos la enorme tapa de una jarra, dejó diseminarse a los males y procuró a los hombres lamentables inquietudes.

Sólo permaneció allí dentro la Esperanza, aprisionada entre infrangibles muros bajo los bordes de la jarra, y no pudo volar hacia la puerta; pues antes cayó la tapa de la jarra, por voluntad de Zeus portador de la égida y amontonador de nubes.

Mil diversas amarguras deambulan entre los hombres. Repleta de males está la tierra y repleto el mar. Las enfermedades, ya de día ya de noche, van y vienen a su capricho entre los hombres acarreando penas a los mortales en silencio, puesto que el providente Zeus les negó el habla. Y, así, no es posible en ninguna parte escapar a la voluntad de Zeus.

Hesíodo, *Trabajos y días* 42-105, trad. Aurelio Pérez Jiménez.

2. El trabajo. La agricultura como signo de «humanidad». El caso de la caza

Una humanidad formada por individuos de distinto sexo, capaz de procrear y constreñida a morir (todo ello a consecuencia del episodio que acabo de contar), no se diferencia gran cosa de la comunidad animal. Para distinguir hombres de bestias interviene el trabajo y especialmente, en lo que atañe al mundo griego, la agricultura. No es por casualidad por lo que el relato hesiódico sitúa el origen de las fatigas agrarias en el mismísimo escenario primordial de la culpa de Pandora, considerando el trabajo de la tierra como indispensable a la hora de definir la condición humana.

Muchas otras narraciones míticas se centran en la difusión de las técnicas de labranza de los campos y de los productos agrarios, sobre todo en el cultivo de los cereales. Según la tradición más difundida, fue la diosa Deméter quien trajo a los hombres la primera semilla. Sucedió en el tiempo en que vagaba por la tierra en busca de su hija Perséfone, raptada por el dios de los infiernos, Hades. Durante su